

¿Pudimos hacerlo diferente?

Ese pasado hay que sacarlo de la cárcel.

Por: Edgar Gutiérrez

Antonio Arenales suele decir que es desaconsejable manejar el vehículo con un retrovisor demasiado grande, pues obstruye el camino por delante. El riesgo de chocar al ver sólo el camino que se va dejando es grande. Pero de todos modos hay que manejar con retrovisor o el riesgo de que lo choquen a uno también es enorme. Desde luego, no estoy hablando de clases de manejo para jóvenes automovilistas, sino de cómo se conduce la vida en sociedad.

La metáfora es pertinente para sociedades como la nuestra con una historia densa. El pasado es tan truculento como difícil de desentrañar, y ha lastimado tan directamente a tanta gente, que fácilmente se vuelve ancla. Paraliza. La historia asumida como prisión o como cadena sugiere un escape. El escapismo es una opción a la mano. Nos fugamos a hurtadillas del pasado (o creemos fugarnos) para evitar que nos deprima su aplastante peso, o porque no nos queremos reconocer en su terrible espejo. Por eso no hay aprendizaje social de la historia.

Algunos suelen blandir ese pasado para atrincherarse, pero eso no cambia el hecho de que sigan viviendo en una cárcel –su propia cárcel ambientada– para tratar de justificar lo injustificable o bien para negar. Aquí no pasó nada, salvo que cada quien recibió su merecido. Sin embargo toda la crueldad sigue pasando, y estoy convencido de que esto no es lo que merecemos. El paisaje se repite a través de la ventana y del retrovisor.

La crueldad de las matanzas del pasado se reproduce todos los días. Ahora mismo que estoy frente a la máquina entra este mensaje: “Hace unos minutos le dieron muerte a balazos al propietario de una tienda en la Colonia Mártires del Pueblo, Villa Nueva, supuestamente resultó víctima de extorsionistas”. El reporte entró atropelladamente sobre otro que decía: “En Reformita, zona 12, encuentran cadáver de una joven mujer de 23 años aproximadamente...”.

¿Qué relación hay entre el pasado innombrable y el presente atroz? Primero, el lenguaje extendido de la violencia como “remedio” a un conflicto, disputa o diferencia. Segundo, el crimen sin castigo. ¿Cuál es la respuesta cuando el pasado sigue presente? ¿Enterrar el espejo? Ese pasado hay que sacarlo de la cárcel desde donde sigue dando zarpazos. Liberarlo significa enjuiciarlo, interrogarlo, procesarlo, curarlo. En ese viejo foso estamos todos, impotentes, sin remedio de cambiar el pasado. Pero el presente sí lo podemos cambiar. La historia nueva puede empezar con una pregunta ingenua: ¿pudimos haberlo hecho de otra manera? Intentémoslo ahora.